

gran masa de estuco, del que llevaron muestras al almirante.

Como en las demás islas no habían hallado señal de arquitectura de ningún género, y allí encontraba una masa de tierra perfectamente fabricada y con adornos arquitectónicos, se afirmó más y más en su idea de que avanzaba hacia países civilizados, y se avivó en su alma el deseo de proseguir la marcha para llegar cuanto antes á las espléndidas ciudades del Oriente.

No quiso detenerse más en la costa, y aprovechando un viento favorable, pasó por delante de ciudades populosas, en las que, según los indios de Cariari, había oro en gran abundancia.

Una de ellas fué Veragoa.

De esta y de las demás daremos á conocer en breve la historia y los sucesos memorables de su conquista por los españoles.

En ella estaban las minas de oro más abundantes, y sus moradores fabricaban con mayor profusión que los demás las láminas de oro con que se adornaban.

Los españoles contemplaban aquel país con codicia, y avanzaban contra toda su voluntad por el derrotero que les marcaba su jefe.

Al fin llegaron á una ciudad llamada Ubiga.

—Aquí termina el país del oro,—dijeron los intérpretes al almirante.

Al saberlo los españoles, intentaron de nuevo disuadir á Colon de su propósito, y conseguir de él que les permitiese apoderarse de toda aquella rica comar-

ca, conquista que, en su concepto, agradaría mucho más á los reyes que el descubrimiento del estrecho, que parecía ser la única esperanza de Colon.

Pero el almirante, alucinado por sus falsas creencias y por la relación de los indios, que al hablarles de la magnificencia de las ciudades del Occidente se referían á los grandes imperios de Méjico y del Perú, le hicieron creer que el Yucatan y Ciguare, nombres que pronunciaron repetidamente los indios, serían provincias pertenecientes al imperio del gran Kan; y esta suposición y los indicios que su imaginación le presentaba, le hicieron no abrigar la menor duda de que existía un estrecho, siendo su único afán descubrirle.

Le habían asegurado que los habitantes de aquellas regiones usaban guirnaldas y brazaletes de oro, que sus vestiduras estaban bordadas con fragmentos de aquel rico metal y que poseían muebles de preciosas labores.

No había duda.

Los países descubiertos por Marco Polo iban á presentarse á su vista.

El almirante mostró un pedazo de coral á los indios, y éstos le aseguraron que las mujeres de Ciguare adornaban su cabeza y su cuello con bandas de aquel precioso producto.

Para convencerse más y más, les enseñó pendientes de otras especies que llevaba, y los indios le aseguraron que en los países que le describían hallaría con profusión aquellos frutos, completando sus rese-

ñas con las noticias de que los habitantes de aquellos privilegiados países poseían grandes buques perfectamente armados, que tenían espadas, escudos, corazas y ballestas, y que hacían uso de los caballos para sus expediciones belicosas.

Todas estas descripciones fascinaron al almirante, y ansioso de convertir en realidad sus esperanzas, prosiguió el camino, visitó un espacioso puerto, rodeado de un paisaje bellissimo con muchas casas, al que dió el nombre de Puerto Velo.

Los moradores de aquel país fueron en canoas á ofrecerle frutas, hortalizas y algodón, pero no oro, porque carecían de él, y navegando despues al Occidente, llegó á un cabo, al que llamó Nombre de Dios, teniendo que retroceder al llegar allí, porque las tempestades amenazaron de nuevo destruir sus embarcaciones.

Defendióse como pudo del temporal, teniendo los marineros que emplear el tiempo en componer los buques y en arrojar el agua que se introducía en ellos por las quebraduras, y de este modo pasaron algunos dias yendo de una isla á otra.

Afortunadamente los moradores de ellas eran afa- bles y acudían solícitos á ofrecer á los españoles abundantes y buenas provisiones.

Al fin tuvo que guarecerse la escuadra en un puerto tan pequeño, que le dió el nombre de Retrete.

El paisaje que le rodeaba era abundante en yerbas, pero carecía de árboles.

Llamó la atención de los españoles la multitud de

caimanes que salían al agua á tomar el sol de la orilla.

Estos animales eran muy tímidos y huían cuando se acercaban á ellos. Nueve dias tuvieron que permanecer allí por efecto del mal tiempo.

Como estaban á muy corta distancia de la orilla, saltaban á tierra los españoles, y aunque al principio fueron muy bien recibidos por los indios, no tardaron en granjearse su enemistad.

Pagando sus bondades de una manera indigna, entregándose á toda clase de excesos, había continuamente riñas. Los indios de la costa llamaron á sus hermanos del interior; se aumentaron considerablemente, y queriendo vengarse de los españoles, resolvieron sorprenderlos, entrar en sus navíos y matarlos.

Presentáronse, pues, en actitud amenazadora, y aunque Colon comprendía las razones que tenían para obrar de aquel modo, se vió obligado á mostrarles su poderío.

Mandó disparar algunos cañonazos sin bala.

Pero el estampido no les intimidó; por el contrario, excitádoles les dió mayor denuedo para lanzarse á los buques.

Fué necesario cargar con bala los cañones, y al ver los destrozos que en sus filas y en sus casas produjo la metralla, huyeron despavoridos.

Si no un motin, por lo ménos una coalicion se formó contra los deseos del almirante.

Los capitanes, los soldados, los marineros, todos

aseguraron que en el estado en que se hallaban los buques era imposible proseguir adelante.

Manifestaron á Colon que no debian abandonar aquel país que tantas riquezas les ofrecia, y bien fuera por sentir que las fuerzas le abandonaban, bien por que el desengaño empezase á demostrar al almirante el error en que estaba, lo cierto es que desistió del proyecto de buscar el estrecho, y resolvió volver á la costa de Veragua para explorar aquella rica provincia y visitar sus minas.

Si como todos decian, el oro abundaba en ella, cargando sus bajeles con aquel precioso metal podian volver á España é imponer silencio á sus enemigos cuando le acusasen de no haber realizado sus proyectos.

Aquella resolucion puso término á los nobles aspiraciones que le habian guiado durante su vida.

Estaba convencido de que no bastaban sus fuerzas para obtener el logro de sus deseos, y renunciando á la nueva gloria que se habia prometido, comprendió que lo que debia hacer entonces era consolidar lo que habia ganado, y el mejor medio era cargar sus barcos de oro y deslumbrar con él á los que querian amen- guar la grandeza de sus conquistas.

El 5 de Diciembre abandonó Colon el puerto de Retrete, y variando de rumbo, se encaminó á la costa de Veragoa.

Capitulo XXVIII.

Contratiempos.

Una inmensa alegría se apoderó de los tripulantes al ver que Colon, accediendo á sus ruegos, desistia de su propósito y se encaminaba de nuevo á aquellas regiones que encerraban en sus entrañas ricos tesoros, regiones cuya conquista era el único afán de los españoles.

El mismo dia en que salieron del puerto de Retrete, llegaron á Puerto Velo.

Pasaron allí la noche, y al dia siguiente continuaron la marcha.

Pero el viento varió, soplando por la proa.

Tres meses habia esperado el almirante aquel viento para avanzar hácia el soñado estrecho, y preci-